

Capacitaciones, calificaciones y ocupaciones de las mujeres pobres en el área metropolitana de Buenos Aires

**María Guillermina D'Onofrio
Gimena Ojeda**

**Instituto de Investigaciones Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires**

**Ponencia elaborada para su presentación al LASA 97, XX International
Congress de la Latin American Studies Association, Continental Plaza Hotel,
Guadalajara, México, 17 al 19 de Abril de 1997**

I. Introducción

El presente trabajo explora las relaciones entre capacitaciones adquiridas, calificaciones requeridas y ocupaciones desempeñadas en un grupo de mujeres pobres residentes en el área metropolitana de Buenos Aires. Desde una aproximación que intenta reconstruir las vinculaciones entre los logros educativos formales, no formales e informales y los logros ocupacionales en los cursos de vida de las mujeres pobres, este documento organiza los datos de una encuesta y un estudio cualitativo llevados a cabo en la villa y en la zona urbanizada del barrio denominado Isla Maciel entre los años 1993 y 1996¹ con el objeto de identificar los patrones más generales que atraviesan las historias de estas mujeres en las dimensiones seleccionadas, a la vez que registrar las diferentes constelaciones de propiedades presentes en casos particulares.

Este estudio se pregunta acerca de las articulaciones entre logros educativos y logros ocupacionales en las mujeres pobres jefas de hogar entendiendo a la educación como instrumento en el mercado de trabajo, como capacitación específica para el empleo o como educación general que brinda habilidades básicas. Las asociaciones de las capacitaciones alcanzadas con las calificaciones necesarias para las ocupaciones efectivamente desempeñadas y la inserción laboral son analizadas en función de las diferentes situaciones familiares y los condicionantes socioeconómicos contextuales, en relación a la edad e inserción ocupacional de las entrevistadas².

¹ Se trata de la encuesta de hogares y el estudio cualitativo referidos a la problemática de la pobreza urbana insertos en el Programa de Investigación en curso “Las clases sociales en el área metropolitana de Buenos Aires” financiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires y dirigido por Ruth Sautu en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma Universidad. Integran el equipo de investigación: Lucía Griselli, Betina Freidin, Claudia Couso, Patricia Herrera, Ramiro Martínez Mendoza, Liliana Orellana, Alejandra Navarro y las autoras. En una primera etapa participaron: Pablo Bonaldi, Ileana Freire, Elena Zubieta, Sandra Cortese, Patricia Mizrahi, Stella Maris Pérez, Susana Masseroni, Silvana Figueroa, Valeria Dabenigno y Teodoro Lazo. El trabajo de campo se realiza en el barrio del conurbano bonaerense de Isla Maciel, compuesto por dos zonas claramente delimitadas: una urbanizada fundada a principios de siglo con construcciones de madera, chapa canaleta y mampostería, en la actualidad francamente deteriorada; otra, un asentamiento ilegal que en su origen fue una villa miseria y que actualmente tiene zonas mejoradas y casillas precarias. Ambas zonas, la urbanizada llamada Isla Maciel y el asentamiento denominado Villa Maciel, forman parte del heterogéneo universo de los pobres estructurales urbanos (INDEC, 1990). La encuesta está basada en una muestra no aleatoria de 249 hogares pobres, cuyo trabajo de campo se llevó a cabo, en dos etapas, una realizada durante la primavera de 1993 y otra durante el primer trimestre de 1995. El estudio cualitativo longitudinal recoge las trayectorias vitales de una muestra intencional de 28 mujeres migrantes residentes en el área, cuyas tareas de campo se vienen desarrollando desde fines de 1993.

² El análisis de la inserción laboral de las mujeres pobres entrevistadas se basa en las categorías ocupacionales construidas por Sautu, Vujosevich y Griselli (1996). Se utiliza asimismo una distinción de las ocupaciones de acuerdo a las características del ámbito donde estas mujeres desempeñan las actividades, rasgo considerado relevante para comprender sus formas de desempeño y posibilidades de nuevos aprendizajes: las trabajadoras que desarrollan una actividad económica en su propia unidad doméstica -comerciantes, cuentapropistas o trabajadoras a domicilio en redes de subcontratación-; aquéllas que lo hacen en otros hogares diferentes a los propios -empleadas domésticas-; y aquéllas que lo hacen fuera de su hogar pero en unidades no domésticas en el comercio, la industria o los servicios (Gallart, Moreno, Cerrutti y Suárez 1992: 32 y ss.).

La organización de la evidencia empírica producida a partir de la construcción de tres grupos de edad: las mujeres jóvenes, de 14 a 29 años; las adultas, de 30 a 49 años; y las mayores, de 50 años y más; brindará elementos para interpretar la influencia de las distintas experiencias generacionales respecto de las estrategias familiares educativas y ocupacionales, en las diferentes etapas de la vida de las unidades domésticas en las cuales las entrevistadas ejercen la jefatura.

II. Las mujeres entrevistadas: los datos de la encuesta y los relatos biográficos

Las mujeres sujeto de este análisis comparten -además de la pertenencia al género femenino- la responsabilidad de la jefatura de un hogar, su situación de pobreza estructural urbana, historia migratoria en la mayoría de los casos, carencia educativa -tanto en materia de capacitación formal como no formal e informal- y desempeño en un estrecho margen de oportunidades laborales. En este sentido, los empleos obtenidos se caracterizan por su precariedad, informalidad, por lo general pocos requisitos de calificación, bajo prestigio y remuneración, dentro de un limitado abanico de posibilidades: servicio doméstico -con “cama adentro” o por horas para uno o varios patrones-; limpieza de oficinas; cuidado de niños; lavado y planchado de ropa ajena en el domicilio; trabajos de costura; cocina en un restaurante, empresa o institución; enfermera cuentapropista; empleada de maestranza; comerciante como propietaria de un pequeño restaurante, quiosco o almacén; vendedora ambulante; operaria en un taller o fábrica.

La concentración del presente análisis en los casos de las mujeres jefas de hogar responde a las limitaciones impuestas por los datos disponibles. La encuesta realizada en Isla Maciel proporciona información socio-demográfica: edad, sexo, educación formal, concurrencia escolar, migración, antigüedad de residencia en la zona, estado civil y condición de actividad económica -condición de actividad, rama y posición ocupacional- de todos los miembros de los hogares relevados; consignando educación no formal e informal sólo en los casos de los jefes o jefas³. Con relación a este último aspecto, indaga acerca del aprendizaje de oficios efectuado por el jefe o la jefa de hogar, así como acerca del ámbito en el cual ese aprendizaje fue realizado: en el trabajo; en una escuela o instituto; a través de un amigo, conocido o pariente; o de otra forma.

Cabe señalar que la formulación de la pregunta cerrada: “¿aprendió algún oficio?” impone severas limitaciones a las posibilidades de respuesta del encuestado. Como se verá más adelante, ella restringe la identificación de los saberes no formales e informales utilizables en la realización de

³ La encuesta realizada en Isla Maciel -comparativa con un estudio dirigido por Gino Germani en 1958 en el mismo barrio- aborda una amplia gama de temas: composición familiar; escolaridad y concurrencia escolar; condición de migración; antigüedad de residencia en el área metropolitana de Buenos Aires; estado civil; condición de actividad económica; aprendizaje de oficios; expectativas educativas y laborales hacia los hijos o miembros menores del hogar; atención médica y percepción de las enfermedades; percepción del riesgo ambiental; problemas familiares y actitudes hacia los mismos; participación social formal e informal; condiciones habitacionales; nivel socioeconómico; impacto de la vida urbana en términos de control de natalidad, nivel de conocimiento y uso de anticonceptivos; percepción de las diferencias sociales y autoidentificación de clase; entre otros.

actividades de producción de bienes y servicios para el mercado a aquellos conocimientos socialmente reconocidos como “oficios”. Con todo, la utilización conjunta de los datos producidos en la encuesta sobre capacitación formal, no formal e informal para este análisis condujo a recortar el universo de estudio a las jefas mujeres, grupo que presenta particulares características tanto en lo que hace a su situación marital como a su comportamiento económico.

Por una parte, la práctica totalidad (el 92,2%) de las mujeres que declaran desempeñarse como jefas de sus hogares están separadas, divorciadas, viudas o son madres solteras⁴. Por la otra, estas mujeres muestran una alta participación en el mercado laboral (68,6%), la cual supera los valores correspondientes al conjunto del género (50,7%) en la misma zona⁵.

Los datos provenientes de la encuesta son analizados desde una aproximación cualitativa, en un intento de interpretación de las diferentes constelaciones de propiedades presentes en las articulaciones entre capacitaciones adquiridas, calificaciones requeridas y ocupaciones desempeñadas en la vida de estas mujeres. Con ese propósito se toman en consideración los relatos biográficos de algunas de las mujeres sujeto de este estudio⁶, los cuales permiten acercarse al problema en términos procesuales y desde la perspectiva de los propios actores, proporcionando información rica sobre la adquisición de saberes -reconocidos o no como tales- por parte de estas mujeres⁷; la utilización o no de los mismos a lo largo de sus trayectorias laborales; la articulación entre estrategias educativas, ocupacionales y familiares; la valoración de las habilidades adquiridas para el desempeño económico; entre otros temas.

⁴ La categoría de jefe de hogar -aquel miembro al que el grupo reconoce como tal- utilizada en los censos de población y encuestas permanentes de hogares ha sido objeto de numerosas críticas en lo que respecta a la medición de la persona que asume la responsabilidad económica del grupo de co-residencia. Entre tales críticas, se ha señalado que el concepto de jefatura de hogar supone un grupo de convivencia familiar y nuclear estructurado jerárquicamente, en el cual estando presente un varón adulto -el cual, de acuerdo con una división tradicional de autoridad y tareas, concentra la potestad decisoria y asume el papel de principal proveedor económico del hogar- no puede ejercer la jefatura una mujer (Geldstein 1994). Es así que, en virtud de las pautas culturales dominantes, la mujer asume la jefatura del hogar en casos de viudez, separación, divorcio o constitución original de la familia sin la presencia permanente del varón (Burgardt 1996).

⁵ Véase Sautu (1995) y Masseroni y Griselli (1995).

⁶ Los relatos biográficos considerados en el presente análisis son parte de las trayectorias de vida de un grupo de mujeres migrantes pobres residentes en Isla Maciel construidas en el estudio cualitativo longitudinal “Trayectorias vitales de mujeres migrantes residentes en una área pobre urbana” a cargo de Betina Freidin, Becaria de Investigación de la Universidad de Buenos Aires; estudio al que se hizo referencia en la primera nota.

⁷ Los seis casos de jefas de hogar encuestadas incluidos en el citado estudio cualitativo longitudinal para la construcción de sus relatos de vida a través de entrevistas semi-estructuradas -Norma entre las jóvenes; Alicia, Susana, Marta, María y Gladys entre las adultas- permiten superar en parte las limitaciones impuestas por el cuestionario aplicado en la encuesta en lo que hace a la identificación de saberes no formales e informales utilizables en el mercado de trabajo, así como iluminar la comprensión de los restantes casos en los cuales no disponemos de esta valiosa información.

II. Logros educativos y desempeño en el mercado de trabajo de las mujeres jóvenes

En este apartado analizamos las vinculaciones entre los logros educativos, las calificaciones necesarias para las ocupaciones efectivamente desempeñadas y las formas de inserción laboral de las mujeres jóvenes jefas de hogar. Este grupo está compuesto por las mujeres de 14 años - momento considerado convencionalmente como de ingreso a la vida económicamente activa- a 29 años de edad⁸. Casi todas las encuestadas de este grupo etario⁹ ejercen la jefatura de su hogar por ausencia del cónyuge, como madres solteras o separadas, estando sólo una de ellas unida; habiendo todas comenzado a conformar su familia de procreación. La combinación de estas dos situaciones es en buena medida explicativa de la elevada proporción de participación en el mercado de trabajo observada entre las encuestadas más jóvenes (75%), dato consistente con los valores presentados para el conjunto de las jefas mujeres.

El acceso a la escolaridad primaria está fuera de discusión para las mujeres pertenecientes a este grupo. Sólo dos de las jóvenes jefas de hogar entrevistadas no lograron completar ese ciclo; sin embargo, una de ellas abandonó antes de finalizar el último grado y la otra se encuentra asistiendo a la escuela para adultos. La obtención de mayores niveles educativos es, en cambio, limitada: dos de las entrevistadas han accedido a la educación secundaria, no habiendo logrado completarla.

En cuanto a la adquisición de oficios, saberes y habilidades específicas a través de la asistencia a cursos no formales o circuitos informales como son los de aprendizaje en el desempeño de las ocupaciones o la socialización por familiarización que se produce en la interacción con parientes o allegados, sólo las tres jefas de hogar más jóvenes encuestadas manifestaron poseer algún oficio. En los tres casos, esos oficios fueron aprendidos informalmente. María Alejandra -16 años, primaria completa- se capacitó en el oficio de costurera a través de un conocido, amigo o pariente. Nora -25 años, primaria completa- aprendió a realizar artesanías trabajando; del mismo modo en que Apolonia -26 años, segundo año de la escuela media en curso- adquirió las habilidades específicas correspondientes al oficio de cocinera.

Entre las actividades laborales que desarrollan las jóvenes trabajadoras -seis de las ocho, puesto que una de estas encuestadas manifiesta que su ocupación principal es la de ama de casa y otra está desocupada pero nunca trabajó-, encontramos que tres se desempeñan como empleadas domésticas, dos -para una de las cuales es su segunda actividad- como trabajadoras de maestranza,

⁸ La escasa cantidad de mujeres pertenecientes a este grupo de edad (sólo 8 de las 51 jefas de hogar encuestadas) respondería a que no es común que las madres solteras jóvenes se establezcan por su propia cuenta, sino más bien convivan en hogares extendidos (Burgardt 1996: 16).

⁹ El grupo de mujeres jóvenes entrevistadas está compuesto por: María Alejandra (16 años, nacida en el área metropolitana de Buenos Aires, soltera, un hijo, residente en la zona de la Isla); Nora (25 años, conurbano bonaerense, soltera, dos hijos, Isla); Apolonia (26 años, migrante interna, unida, un hijo, Isla); Norma I (27 años, migrante interna, separada, cuatro hijos, Isla); Claudia (28 años, Isla Maciel, separada, tres hijos, Villa); Lucía (28 años, Isla Maciel, soltera, cuatro hijos, Villa); Silvia (28 años, migrante interna, separada, un hijo, Isla); y Ramona (28 años, migrante interna, separada, dos hijos, Isla).

una como ayudante de cocina en una unidad no doméstica y otra como dueña de un pequeño comercio; empleos dotados, en todos los casos, de una relativa estabilidad.

Las trabajadoras jóvenes encuestadas que se desempeñan en el servicio doméstico desarrollan su actividad por horas para varios patrones. Las tareas que deben realizar son una prolongación en forma remunerada de las desempeñadas en el propio hogar; son sencillas, principalmente de limpieza, lavado y planchado, en algunos casos compras, preparación de comidas y cuidado de niños. De todos modos, la sencillez atribuida a las mencionadas tareas domésticas es relativa: es claro que la experiencia adquirida en la limpieza de sus propias viviendas no asegura un exitoso desempeño en la limpieza de las casas de familia en las que se las contrata.

La flexibilidad que otorgan a esta forma de trabajo sus amplios márgenes de autorregulación horaria opera como incentivo que compensa su también característica precariedad. Tanto para Nora como para Claudia -28 años, primaria completa-, el desempeño laboral como empleadas domésticas por horas constituye una estrategia ocupacional compatible con su rol doméstico como madre soltera de dos niñas menores de tres años y separada con tres menores a cargo, respectivamente. El caso de Ramona -28 años, primaria completa- presenta la particularidad de compartir el desempeño de la actividad de empleada doméstica por horas con el desempeño del trabajo como empleada de maestranza. En ambas actividades remuneradas realiza básicamente tareas de limpieza -en la primera, de casas de familia; en la segunda, de oficinas-; sin embargo, en la segunda ocupación tiene una mayor dedicación horaria, obligación de cumplir un horario impuesto e inflexible, como de manejar ciertas habilidades sociales para tratar con otros trabajadores.

La actividad laboral desarrollada por Lucía -28 años, primaria incompleta, en curso- en el desempeño de la ocupación en maestranza puede ser definida claramente como asalariada, encontrándose vinculada contractualmente a una empresa que se dedica a la prestación de servicios de limpieza de oficinas. Este tipo de empleo es de relativo fácil acceso por parte de mujeres con escasa capacitación laboral y restricciones económicas, situaciones que plantean a Lucía, nuestra encuestada de menor nivel de educación formal dentro de las jóvenes y jefa de un hogar compuesto por cuatro hijos menores, la conveniencia de organizar la vida familiar -de algún modo que no puede inferirse a partir de los datos disponibles- para cumplir con las obligaciones de la vida productiva.

La actividad económica desempeñada por Norma -27 años, secundaria incompleta- como propietaria de un pequeño negocio gastronómico-alimenticio anexo a su vivienda la sitúa dentro del grupo de las que trabajan en su propio hogar. Su negocio conforma actualmente un restaurante-almacén¹⁰ ubicado en la intersección de dos de las calles más importantes de la zona de la Isla que comercializa, por una parte, comidas preparadas con ayuda de su madre y una sobrina

¹⁰ El pequeño almacén fue instalado en 1995 -con posterioridad a la encuesta y a la primera entrevista en profundidad- en un costado del local como estrategia familiar de supervivencia ante la merma de los ingresos provenientes del restaurante. Como explica Norma: “... se me cortó mucho la gente. Antes ya me venían 80 personas a comer, después me venían 50, 30, 20, después me llegaron a venir 10. (...) Hará como un año y medio que bajó totalmente. Pero es por la crisis económica que tiene el país, no porque yo lo haya atendido mal ni nada, no. Era porque se cerraron los talleres, no hay gente trabajando por la zona, entonces...”.

y, por la otra, alimentos manufacturados que abastecen a la gente del barrio de lo diariamente necesario. La instalación del negocio ha sido fruto de una decisión familiar estratégica para la obtención de ingresos; decisión de la que participó una hermana de la joven jefa de hogar entrevistada¹¹.

Norma se encarga de llevar adelante el negocio programando, coordinando y ejecutando una diversidad de tareas: atender al público, mantener limpio el local, elaborar las comidas, atender a los proveedores, ordenar la mercadería, calcular los precios, manejar la caja, llevar la contabilidad del comercio; en algunas de las cuales debe desplegar conocimientos especializados tanto de carácter instrumental -conocimientos de matemática aplicada, contabilidad, capacidad de procesar información, organizarse, saber expresarse- como habilidades de relación -consigo misma en cuanto al cuidado de la presentación personal, con los demás en cuanto a la capacidad para organizar el trabajo en “equipo” de los miembros mayores del hogar-.

Su capacidad para desempeñar con éxito esas tareas es producto de la puesta en juego de un conjunto de conocimientos adquiridos a lo largo de su experiencia de vida: por un lado, aquellos saberes teórico-prácticos y de relación incorporados durante su paso por la escolarización formal¹², donde completa el ciclo básico del secundario con orientación industrial; por el otro, los diferentes aprendizajes informales realizados en el transcurso de su historia laboral como operaria en una fábrica de muñecas -donde al tiempo asciende a supervisora del área de control de calidad-, confeccionista de monederos y mochilas en su hogar -con su propia máquina de coser- contratada por un taller, cocinera por su cuenta junto con la hermana elaborando comidas rápidas vendidas por el cuñado, ayudante de cocina en una pizzería, propietaria de un restaurante -al que posteriormente anexa un pequeño almacén-.

Esta “carrera laboral con ascenso ocupacional” es lograda por Norma -no sin esfuerzos- a través del emprendimiento personal y el apoyo de su familia de origen. En su relato se expresa una valoración positiva de su trabajo no sólo en términos económicos -como al inicio de la carrera, cuando comienza a trabajar estando casada y a los 22 años de edad motivada por la necesidad de completar un ingreso que se torna insuficiente para el mantenimiento del hogar- sino también en

¹¹ La decisión de alquilar un local para instalar un restaurante fue tomada sobre la base de la experiencia desarrollada por Norma y la hermana en la preparación de comidas vendidas por el cuñado durante la construcción del Puente Avellaneda, experiencia que la entrevistada narra de la siguiente manera: “¿Por qué no probamos hacer comida para llevar al puente?, le digo. En ese tiempo estaban haciendo el puente (...). Y agarramos, hicimos comida y fuimos a trabajar. Nosotras no fuimos a vender, fue mi cuñado, justo estaba sin trabajo y se fue a vender él, ¿viste? Ganábamos, ganábamos mucho porque no había nada... (...) (Le vendíamos) a la gente que trabajaba, habían muchos trabajando. Acá había mucho trabajo, había mucha gente. Por ahí en el horario de comer tenían una sola hora, entonces no podían venir a un boliche a esperar que les dieran la comida, entonces comían un sandwich y mi cuñado iba con una canasta, llevaba ahí sandwiches de milanesa, tortilla de papas, de todo nosotras le hacíamos. Y ganábamos bien. Entonces, viste, hicimos ya una base (...), porque nosotras queríamos hacer un buen negocio, entonces toda la plata que nosotras podíamos recuperar la juntábamos”.

¹² Su trayectoria en la educación formal se compone de estudios primarios completos que inicia en Corrientes -su lugar de origen- y culmina en Chaco -donde tuvo que volver a cursar el primer grado que había aprobado antes de la migración e hizo tercero y cuarto grado juntos “para no atrasarse”-, como de estudios secundarios incompletos en un colegio industrial -los cuales abandona al terminar tercer año cuando se casa-.

términos de distanciamiento de los problemas domésticos, de espacio para el crecimiento personal y de reconocimiento de sus capacidades individuales¹³. En palabras de Norma:

“(En la fábrica de juguetes) me empecé a independizar. Yo como que yo no me creía que era capaz y ahí me di cuenta (de) que sí, era muy capaz además en el mismo trabajo. (...) Mirá, ahí yo creo que me valoré como persona, porque yo creí que, ¿viste como esas analphabetas que piensan, que se sienten tan mal por dentro porque no sabían ni leer? Yo sabía leer, tenía mi tercer año, digamos que era una persona capacitada, solamente que yo no me daba cuenta. (...) Porque uno solo se respeta y se autoestima y todo eso y (es) por eso que las otras gentes te respetan. (...) Es como que yo me conocí, como que me vi capaz para hacer un montón de cosas. (...) (El restaurante-almacén) yo sé que también probé mi capacidad, ¿no?, porque yo no sabía nada del comercial, no sabía nada de nada. Cuando ponemos el negocio (...) no sabíamos un pepino, nosotras, digamos, éramos para labu..., para trabajar nada más. (...) (El trabajo) es como una terapia para mí, como que yo me olvido de todo. Me gusta trabajar, me gusta estar ocupada, además me hace mal cuando estoy sin hacer nada porque es como que me pongo a pensar, a analizar, me pongo a reloca ya entonces”.

IV. Logros educativos y desempeño en el mercado de trabajo de las mujeres adultas

El grupo de las adultas jefas de hogar -mujeres de 30 a 49 años de edad-¹⁴ presenta algunos comportamientos que lo diferencian del de las más jóvenes. Como estas últimas, la práctica totalidad de las encuestadas asume la jefatura de un hogar del cual está ausente el varón. Sin embargo, en este caso la enorme mayoría no es madre soltera sino que está separada, lo cual se comprende tomando en cuenta la etapa del ciclo de vida en la que se encuentra este grupo de jefas mujeres.

¹³ Este análisis sobre los significados atribuidos por Norma a su trabajo se ha visto beneficiado por algunas de las conclusiones presentadas por Freidin (1996) en su ponencia “Trayectorias laborales, conceptos y valores sobre el trabajo de mujeres migrantes pobres”.

¹⁴ El grupo de mujeres adultas entrevistadas está compuesto por: Elena (30 años, nacida en Isla Maciel, separada, dos hijos, residente en la zona de la Isla); Norma II (30 años, migrante interna, casada, dos hijos, Isla); Alicia I (31 años, Isla Maciel, separada, cinco hijos, Villa); Estela I (33 años, Isla Maciel, unida, un hijo y una nieta, Villa); Norma III (33 años, migrante interna, separada, cuatro hijos, Villa); Alicia II (34 años, migrante interna, soltera, una hija, Isla); Estela II (36 años, conurbano bonaerense, soltera, un hijo y un hermano, Villa); Susana (36 años, migrante interna, separada, dos hijos, Isla); Olga (37 años, Capital Federal, separada, dos hijos, una nuera y un nieto, Isla); Charito (38 años, migrante extranjera, soltera, cuatro hijos, Isla); Elba (38 años, migrante interna, separada, cuatro hijos, un sobrino, la pareja y el hijo del sobrino, Isla); Marta (38 años, migrante interna, separada, cuatro hijos, Villa); Cristina (39 años, migrante interna, viuda, un hijo, Isla); María I (39 años, migrante interna, soltera, siete hijos y seis nietos, Isla); María II (41 años, migrante interna, soltera, dos hijas y una nieta, Villa); María Rosa (41 años, conurbano bonaerense, separada, su madre y un nieto, Villa); Beatriz (42 años, migrante interna, separada, dos hijos y tres nietos, Isla); Celia (42 años, migrante extranjera, viuda, una hija, Villa); María III (42 años, migrante extranjera, separada, Isla); Gladys (45 años, migrante interna, separada, tres hijos, Isla); María Cristina (47 años, migrante interna, viuda, un hijo, dos hijastros, un nieto y su suegra, Villa); y Maruca (47 años, migrante interna, separada, dos hijas, Villa).

La instrucción formal recibida por las jefas adultas es menor que la de sus pares jóvenes. Las carencias educativas -en términos relativos como absolutos- de estas mujeres pueden observarse en los niveles de escolaridad básica alcanzados: la mayoría no logra completar el ciclo primario, abandonando la escuela en los primeros grados; en este caso, la condición de migrantes provenientes de zonas rurales o pueblos pequeños del interior compartida por las tres cuartas partes de estas mujeres, podría estar operando como condicionante de la interrupción de los estudios, en tanto expulsión temprana del hogar e inserción laboral en servicio doméstico con cama. A esta situación se suma la pequeña proporción de jefas adultas -proporción inexistente entre las jóvenes- no escolarizada: menos del 10% de las encuestadas pertenecientes a este grupo. Por su parte, la cantidad de mujeres adultas que han accedido al nivel secundario no es importante -sólo cuatro casos-; aunque cabe destacar que la mitad de ellas lo ha concluido, situación que no se repite en ningún otro grupo etario.

En cuanto a los conocimientos adquiridos en los circuitos educativos no formal e informal, sólo una cuarta parte de las jefas de hogar adultas encuestadas reconoció poseer algún oficio. La mayoría de estas mujeres adquirió el oficio de modista o costurera¹⁵; aprendizaje realizado básicamente a través del desarrollo de la actividad en su propio hogar o -en una minoría de situaciones- a través de un curso no formal de corte y confección dictado en una escuela o instituto.

En el caso particular de Olga -37 años, no escolarizada-, el aprendizaje de los conocimientos específicos del oficio de costurera obtenido en el trabajo permite una mejora, cuando menos parcial, de sus posibilidades de oferta en el mercado laboral, limitada por la carencia de logros educativos básicos en su infancia y adolescencia. Otra de las encuestadas adultas -Marta, 38 años, primaria completa- manifestó poseer los oficios de peluquera y enfermera, ambos adquiridos a través de cursos de capacitación no formal: el primero en una escuela, el segundo, que no logró completar, de noche en un instituto¹⁶. Finalmente, María -42 años, primaria completa- obtuvo la especialización correspondiente al oficio de rebajadora y aumentadora de carteras de cuero en el trabajo -presumiblemente en talleres o como trabajadora a domicilio en redes de subcontratación-.

Cabe destacar que, de acuerdo con los datos de la encuesta de hogares realizada, ninguna de las jefas adultas que manifestaron poseer algún oficio utiliza las habilidades específicas adquiridas en los mismos en su desempeño ocupacional actual. Esto podría interpretarse como indicativo de situaciones diversas. En primer lugar, la captación de información sincrónica efectuada en la encuesta no permite conocer la utilización o no utilización por parte de las entrevistadas de esas habilidades aprendidas a lo largo de sus trayectorias ocupacionales -lo cual parece ser particularmente evidente en el caso de la rebajadora y aumentadora de carteras de cuero-. En segundo lugar, el desempeño de actividades remuneradas relacionadas con esos saberes representa comúnmente una ocupación secundaria -tanto en términos de los magros ingresos obtenidos como

¹⁵ La diferenciación entre modista y costurera está dada por la realización de tareas de corte y confección de prendas de vestir en el primer caso y de arreglos y reformas en el segundo. Sin embargo, a los efectos del presente trabajo se presenta la mayor parte del análisis de forma agregada.

¹⁶ En la entrevista en profundidad solamente aparece mencionado como aprendizaje no formal su estudio de enfermería en la Cruz Roja de noche durante dos años, sin lograr, sin embargo, terminarlo: *“pero nunca me recibí, siempre dejé a medias, ¿viste?”*.

de la escasa cantidad de horas dedicadas, a veces incluso esporádicamente-, lo cual torna improbable su emergencia en la encuesta. En tercer lugar, si bien algunas de las mujeres tienen conciencia (discursiva) de la posesión de oficios -como parece ser el caso de las modistas o costureras-, la realización en su propia casa de tareas relacionadas con los conocimientos adquiridos para terceros a cambio de dinero no es reconocida como un “verdadero trabajo” sino “rebusques” o “changuitas” que les permiten juntar unos pesos en los períodos de transición cuando se quedan sin “verdaderos trabajos” o cuando no pueden trabajar por problemas de salud o responsabilidades familiares, en tanto “no trabajos” realizados en el hogar -en algunos casos de manera discontinua u ocasional- escasamente remunerados y en los que no aparece la figura de un empleador (Freidín 1996: 17-19).

La observación de las ocupaciones desempeñadas por las jefas adultas entrevistadas introduce un elemento a ser considerado en la interpretación de la baja proporción de mujeres que manifiesta poseer un oficio. En este sentido, la mitad de las trabajadoras adultas se desempeña como empleada doméstica, una tercera parte como empleada de maestranza y unas pocas como lavanderas en su domicilio o como dueñas de pequeños comercios instalados en sus propios hogares.

Las mujeres adultas empleadas en una o varias unidades domésticas diferentes a las propias cumplen sus obligaciones laborales de realización de tareas de limpieza, lavado, planchado, compras, preparación de comidas, cuidado de niños durante el lapso de horas diarias o semanales por las que se las ha contratado. Se trata de una ocupación de escasa calificación adquirida básicamente en el desempeño de las mismas tareas que aprendieron a realizar en sus casas, bien con la guía de sus madres o con la de sus patronas. Por otra parte, el contexto en que realizan la actividad económica limita las posibilidades de adquisición y desarrollo de habilidades -tanto instrumentales como de relación social- que les permitan mejorar su inserción laboral; salvo casos particulares de patronas que les han enseñado lectoescritura, matemática aplicada, costura -como es la experiencia de una de las jefas mayores-.

La transcripción de algunos fragmentos del relato biográfico de Gladys -45 años, primaria incompleta- permitirá acercarse a testimonios sobre las formas de aprendizaje del trabajo de servicio doméstico. Así cuenta esta entrevistada su primera experiencia laboral -a los 11 años, en su pueblo de origen- como niñera y empleada doméstica con retiro:

“Yo no sabía prácticamente hacer casi nada, pero... como me había quedado trabajando cama adentro, que mi abuela siempre trabajaba cama adentro conmigo, entonces yo más o menos veía lo que ella hacía, cómo limpiaba los pisos y todo, y yo ya me iba..., iba captando el trabajo. (...) Y sí, fui aprendiendo, la señora me enseñaba. (...) Me ponía el reloj, el despertador. Decía: ‘cuando suene el reloj a las diez -ella me dejaba la olla con agua-, vos prendés el fuego, ponés la carne y listo. Después vos fijate, más o menos a las once -dice- poné la papa’. Ya me dejaba todo pelado, toda la verdura pelada y limpia. Así que yo tenía que hacer prender el fuego, poner la verdura para el puchero, para la sopa. Y bueno, así fui aprendiendo. (...) (También limpiaba), pero tenía un solo dormitorio, un comedorcito, una cocinita y un bañito y un hallcito así que salía para afuera, porque ellos recién se estaban haciendo la casa ahí. O sea que era piso de mosaico, había que pasarle un trapito y nada más. (...) (Ella me enseñaba) cómo tenía que hacer para limpiar, aparte que yo también me daba maña. Yo a veces no necesitaba que me indicara, trataba de hacerlo, si me salía bien, bueno, y si no... (se ríe). (La nena) estaba en el corralito siempre,

porque era chiquita, no caminaba todavía. Entonces, si ella se despertaba y yo tenía la mamadera preparada, entonces le daba la mamadera y ya se ponía a jugar, la cambiaba, los pañalitos y la ponía en el corralito que tenía la beba. Pero era buenita, era tranquila era, y si no, me ponía, me sentaba a jugar con ella, y jugaba con ella”.

Gladys es una de las mujeres pobres que “migran solas” en la adolescencia por decisión autónoma (Dabenigno y Freidin 1995: 10). Su llegada a Buenos Aires en busca de un trabajo se basa en la idea de progreso. Sin embargo, la migración no respondió a sus expectativas de mejora, sino que más bien reforzó la inserción laboral precaria y escasamente calificada que tenía en su lugar de origen.

El caso de Susana -36 años, primaria incompleta- es similar. Residente hasta hace tres años en Corrientes, su lugar de origen, donde se desempeñó desde la adolescencia como empleada doméstica -actividad sólo interrumpida durante el período que convive con una pareja- y, en forma temporaria, como ayudante de cocina luego de su separación conyugal; ella también migra a un centro urbano con expectativas de progreso personal:

“(Me vine) porque tenía a todos mis hermanos acá y, o sea, a mí se me hacía muy difícil seguir viviendo, porque había que pagar colegio, que el uniforme, los útiles para la escuela... Lo que me daba él (el ex-marido) no me alcanzaba para nada, entonces yo hablé con él y le dije que pasaba a dejarle a los chicos (...), porque sabía que iban a tener casa, no iban a molestar a nadie de mi familia e iban a estar con él. (...) Entonces yo renuncié al sueldo que él me pasaba (...), agarré al chiquito y me vine. Hablé con ellos, hablé con mis hijos y les expliqué que yo me tenía que venir a trabajar, que iba a tratar, de que si me iba todo bien acá, de traerlos conmigo. Pero fue una mentira, porque nunca pude salir adelante y ahora ya tengo una hija de 19 años y un hijo de 17 y, ¿cuánto hace que estamos separados?”

Desde su llegada a Buenos Aires ha realizado tareas domésticas “cama adentro” en una casa de familia y, más tarde, en una guardería comunitaria. Actualmente lava y plancha en su vivienda para los vecinos del barrio y una prima, “rebusque” con el que busca articular el rol doméstico como madre de dos niños pequeños con la generación de algún ingreso que se completa gracias a la colaboración de familiares.

La historia de vida de María -39 años, primaria incompleta- muestra los condicionamientos impuestos por la familia de origen en el acceso a la escolaridad básica y a ocupaciones de mayor status relativo que el de empleada doméstica. María cuenta:

“(Trabajaban) mis hermanas y los tres varones, en albañilería trabajaban y empleadas domésticas, a medida que íbamos creciendo íbamos trabajando. (...) De chica empecé a trabajar, me empleaban así por la comida, la ropa, porque era una familia muy humilde, siempre fuimos una familia pobre. (...) Yo estaba en esa casa con cama. (...) Desde chica empecé a sufrir, lo que te puedo decir es que mis padres tomaban mucho, los dos, los tres (incluye a la abuela). Fui creciendo y bueno, más me daban los de afuera que los de mi casa, y por ahí por eso de muy joven tuve hijos, yo a los 14 tuve hijos”.

A lo largo de su carrera laboral en Entre Ríos, María se desempeñó -luego de su inicio como empleada de servicio doméstico “cama adentro” sin sueldo, a cambio de comida y ropa- como empleada doméstica con sueldo -de retiro y “cama adentro”-, desarrollando posteriormente, junto a una de sus parejas y dos de sus hijos, la actividad cuentapropista de venta ambulante de naranjas

-las cuales recolectaba de una planta de su casa- y agua caliente en los trenes. Una vez instalada en el área metropolitana de Buenos Aires trabajó como empleada de maestranza, desempeñando actualmente la ocupación de lavandera y planchadora de ropa ajena en su propio domicilio. María aprendió las tareas propias del empleo doméstico en su primer trabajo, al cual rescata como la mejor experiencia porque *"(ahí) me apreciaban, me querían, que era de la familia, por eso... me mostraron más cariño que en mi casa, ahí estuve rebien, nunca me arrepentí de haber estado ahí"*.

Entre las mujeres adultas en ejercicio de la jefatura de sus hogares ocupadas como empleadas de maestranza se destaca una de las encuestadas: Celia -42 años, secundaria completa, modista de oficio-, quien se desempeña como portera en un edificio en el transcurso del día. Las tareas desarrolladas son básicamente de limpieza, al igual que las empleadas en servicio doméstico o de mantenimiento de edificios, aunque con una mayor dedicación horaria y responsabilidad en el trabajo.

Alicia -34 años, primaria incompleta- trabaja en el momento de la encuesta como empleada de maestranza en una empresa. Su trayectoria laboral comenzó a una edad temprana -a los 9 años- como trabajadora en las cosechas de algodón en Chaco, actividad que pronto fue alternando con la de servicio doméstico "cama adentro". Una vez instalada en Buenos Aires consiguió -por intermedio de su padre- trabajo como operaria en una fábrica de equipos de aire acondicionado, donde participaba del proceso de ensamblado -tarea que aprendió a realizar trabajando- hasta que es despedida por causa de una reducción de personal. A partir de ese momento, será, primero, ayudante de cocina y, luego, empleada doméstica por horas, hasta conseguir su empleo actual. Entre todas sus ocupaciones, Alicia prefiere la fábrica, ponderando las mejores condiciones de trabajo que ésta le ofrecía en términos relativos:

"La fábrica (es el trabajo que me gusta más hacer), nada que ver con la cosecha o con la casa de familia. (...) Es más lindo, (...) una, que estás a la sombra, estás tranquila ahí adentro. En cambio, en el campo no, te pican los mosquitos, el calor..., que tenés que estar al rayo del sol todo el día. En cambio acá cumpliste ocho horas y te venís a casa. (...) En casa de familia también tenés que..., es más trabajo".

Entre las jefas adultas que realizan su trabajo en la propia unidad doméstica se encuentran una lavandera cuentapropista y una lavandera y planchadora cuentapropista y contratada por horas. Para la última -Marta, 38 años, primaria completa-, el desempeño en su domicilio de esta actividad económica por su cuenta representa una relación laboral que se complementa con el empleo en otras unidades domésticas para la realización de las mismas tareas. Ambos trabajos tienen como destinataria a la propia población que reside en Isla Maciel, como lo expresa la encuestada cuando nombra su ocupación: *"lavandera y planchadora para la gente del barrio, en mi casa y en casas de familia"*.

Por otra parte, el caso de Marta muestra las relaciones entre adquisición de saberes prácticos y habilidades de oficio y desempeño ocupacional desde una perspectiva diacrónica. Su carrera ocupacional le ha permitido desarrollar una serie de destrezas específicas y habilidades de relación que la actividad de lavandera y planchadora para la gente del barrio en su casa y en casas de familia captada por la encuesta está lejos de representar. Esta adulta migrante aprendió las tareas domésticas desde chica cuando iba a ayudar a su mamá al trabajo o la reemplazaba cuando se

enfermaba; se desempeñó como operaria en fábricas de chupetes, de pañales y de prendas de hilo; así como niñera “cama adentro” y con retiro. En el momento de la primera entrevista en profundidad completa los ingresos como lavandera y planchadora con su desempeño como propietaria de un pequeño quiosco en su casa, al que atiende de noche cuando todos los comercios de la zona cierran. Puede decirse, entonces, que en las diferentes tareas descriptas ha aplicado conocimientos variados que difícilmente podrían ser nombrados como “oficios”.

Se cuentan asimismo otros dos casos de propietarias de comercios: una, a cargo de un negocio “tipo quiosco” instalado en su propia vivienda; otra, dueña de una pequeña parrilla a la que atiende con la colaboración de sus hijos mayores, lo que puede entenderse como estrategia familiar de empleo y obtención de ingresos.

V. Logros educativos y desempeño en el mercado de trabajo de las mujeres mayores

Las mujeres jefas de hogar mayores de 50 años¹⁷, además de encontrarse en otra etapa del ciclo vital, presentan algunos rasgos que las diferencian de las de los otros dos grupos. En este sentido, poseen dos características específicas que se encuentran relacionadas entre sí: su origen predominantemente rural -aunque migrantes tempranas hacia áreas urbanas-¹⁸ y los escasos logros educativos alcanzados.

La adquisición de la escolarización básica es el mayor logro educativo formal al que han accedido las mujeres de este grupo; sin embargo, sólo una tercera parte de ellas terminó la escuela primaria. Una proporción similar de jefas mayores no logró completar ese ciclo, observándose el abandono de la escolaridad primaria durante los primeros grados de la misma. Cabe destacar que casi cuatro

¹⁷ El grupo de mujeres mayores entrevistadas está compuesto por: Juana (50 años, migrante interna, soltera, un hijo adoptivo y dos vecinos, Villa); Dora I (51 años, migrante interna, separada, Isla); Hilda (54 años, área metropolitana de Buenos Aires, separada, tres hijos y un amigo, Isla); Antonia (55 años, migrante extranjera, soltera, cuatro hijos, una nieta y una amiga, Isla); Clementina (56 años, Isla Maciel, soltera, tres hijos, Villa); María Lidia (56 años, migrante interna, viuda, una hija y un nieto, Isla); Demetria (57 años, migrante interna, viuda, tres hijos, un yerno y cuatro nietos, Villa); Toribia (57 años, migrante extranjera, soltera, tres hijos, Villa); Nélide (58 años, migrante interna, separada, un hijo y tres nietos, Villa); Sra. del almacén (59 años, migrante interna, viuda, un hijo, Villa); Blanca (60 años, migrante interna, viuda, un hijo, una nieta, tres tíos y dos primos, Isla); Eustaquia (61 años, migrante interna, viuda, un hijo, Villa); Dora II (64 años, migrante interna, separada, cuatro hijos y seis nietos, Villa); Salustiana (67 años, migrante extranjera, unida, dos nietos, Villa); María IV (68 años, migrante interna, viuda, dos hijos, Isla); Deonicia (69 años, migrante interna, separada, un nieto, Isla); Angela (70 años, migrante extranjera, viuda, una hija y dos nietas, Villa); María V (70 años, migrante interna, soltera, un hijo, Villa); Bernarda (75 años, migrante interna, viuda, Isla); Rosa (76 años, migrante interna, viuda, Isla); Perceveranda (82 años, migrante interna, viuda, dos hijos, Villa).

¹⁸ Las mujeres mayores constituyen el grupo de edad con más alta proporción de migrantes: más de nueve de cada diez de estas mujeres nacieron fuera del área metropolitana de Buenos Aires, radicándose en ella desde hace más de dos décadas.

de cada diez mujeres pertenecientes a este grupo etario vio imposibilitado su acceso al sistema educativo formal, en lo cual pueden leerse limitaciones provenientes del contexto en que desarrollaron la infancia como de las escasas oportunidades de educación desarrolladas en el país unas cuantas décadas atrás -cuando estas mujeres eran niñas o adolescentes-.

Las encuestadas mayores ejercen la jefatura de hogares compuestos mayoritariamente por familias extendidas o -en una pequeña proporción- de tipo unipersonal. Como en los otros conjuntos anteriormente analizados, la mayoría de estas mujeres son actualmente viudas, separadas o solteras -sólo una está unida-; sin embargo, si bien se repite la pauta general de ausencia del cónyuge, en numerosos casos conviven en el hogar otros varones adultos -hijos, nietos, yernos, sobrinos- que trabajan, manteniendo con ellas relaciones de parentesco descendentes.

Las jefas mayores son las encuestadas que más manifiestan -en términos relativos- haber aprendido algún oficio a lo largo de sus vidas. Por otra parte, la mitad de las mujeres entrevistadas que reconocen poseer algún conocimiento especializado lo utiliza en su actual inserción en el mercado de trabajo.

Entre los saberes adquiridos a través de cursos no formales se encuentran los oficios de peluquería y enfermería, en ambos casos utilizados por las mujeres en su desempeño laboral actual. María Lidia -56 años, primaria completa- aprendió el oficio de peluquera asistiendo a cursos de capacitación específicos, siendo en el momento de realización de la encuesta propietaria de una pequeña peluquería en su casa, la cual atiende con la ayuda de una sobrina. Dora -51 años, primaria completa- realizó cursos de auxiliar de enfermería -que no logró completar- en una institución pública y de asistente geriátrico en una organización no gubernamental, los cuales le otorgaron saberes específicos que utiliza como recursos en su empleo como mucama en un hogar residencial de ancianos; a la vez que aprendió algunas habilidades para el trabajo como bordadora a máquina. Por último, Nérida -58 años, primaria incompleta- adquirió conocimientos de enfermería asistiendo a un curso dictado en un hospital; oficio que reconoce emplear -aunque expresa que su ocupación principal es la de ama de casa-, en la realización de “changas” como enfermera a pedido de los vecinos del barrio.

Por otra parte, entre los saberes y habilidades de oficio adquiridos en circuitos educativos informales se observan los de cocinera y modista o costurera; conocimientos que, sin embargo, no parecen estar conectados con las actividades laborales desempeñadas por estas mujeres. La excepción es María -70 años, primaria completa-, quien se capacitó como cocinera a través de las enseñanzas de un pariente y actualmente emplea los conocimientos aprendidos en su actividad como cocinera y empleada doméstica en una parrilla. Varias de las encuestadas mayores manifiestan poseer el oficio de modista o costurera -una de ellas expresa haber aprendido, además, tejido-, pero ninguna reconoce utilizarlo en el trabajo. Dos, incluso, afirman no haber trabajado nunca. Todos los aprendizajes se realizaron a través de personas allegadas, amigos, parientes o, en el caso de Demetria -57 años, primaria incompleta-, de una patrona.

En cuanto a la inserción ocupacional de las jefas encuestadas pertenecientes al grupo de las mayores, cabe señalar que algunas de ellas ya se han retirado definitivamente del mercado laboral -lo que está en estrecha relación con la etapa de culminación del ciclo vital por la que atraviesan-,

mientras que otras -en una proporción más alta que las jóvenes y las adultas- declaran desempeñarse exclusivamente como amas de casa.

Las trabajadoras mayores están -o han estado-¹⁹ insertas laboralmente en ocupaciones de una diversidad no observada anteriormente -algunas de las cuales, incluso, se caracterizan por su menor precariedad y mayor estabilidad relativas-, ocupaciones tales como: empleadas domésticas por horas, una “sirvienta” en casas de familia, una empleada de maestranza a cargo de tareas de limpieza de oficinas en un organismo público, una enfermera, una peluquera con local y ayuda familiar, una mucama en un geriátrico, una propietaria de un pequeño almacén en la zona de la Villa, una operaria en una fábrica de envases, una vendedora ambulante de comida preparada por otra señora, una cocinera en una parrilla.

Esta diversidad relativa de actividades desempeñadas por las jefas mayores -el grupo más carenciado en términos de educación formal- podría ser interpretada como resultante de una combinatoria de situaciones sociales, familiares e individuales a lo largo de cada una de sus historias de vida, análisis que excede las potencialidades de los datos disponibles. Puede señalarse, sin embargo, que la observada variedad de destinos ocupacionales de las mujeres mayores jefas de hogares pobres está fuertemente influida por el hecho de compartir ciertas experiencias generacionales en lo que hace a sus posibilidades de insertarse en un mercado de trabajo más amplio y menos exigente en cuanto a requerimientos de calificación -como el mercado de décadas pasadas-, a la vez que por la acumulación de un conjunto de saberes especializados y habilidades de relación aprendidos en el desempeño de los diferentes trabajos a lo largo de sus trayectorias laborales.

VI. Consideraciones finales

Las profundas modificaciones producidas en la sociedad argentina a partir de la aplicación de programas económicos de ajuste tendientes a superar la recesión económica imperante desde mediados de los años setenta -modificaciones entre las cuales cabe destacar: reestructuración sectorial de la producción y el empleo bajo la forma de un avance de las actividades terciarias y un retroceso de las secundarias; contracción del Estado; disminución de los ingresos familiares medios con creciente regresividad en su distribución; segmentación del mercado de trabajo con incremento de la precarización, desocupación y subocupación²⁰-; conforman un panorama que afecta especialmente a las mujeres pobres.

En este contexto, la doble pertenencia al género femenino y a los sectores de población más carenciados materialmente hace de las mujeres pobres un grupo altamente vulnerable dada su alta

¹⁹ A los efectos del presente análisis se consideran en términos agregados las ocupaciones actuales de las jefas encuestadas o la última ocupación desempeñada antes de jubilarse.

²⁰ Véase Beccaria y Vinocur 1991, Beccaria 1992, Golbert y Tenti Fanfani 1994, entre otros.

participación económica en el sector informal acorde con una exigida lógica de necesidad, participación que se desenvuelve en contextos familiares caracterizados por la inestabilidad de las uniones maritales, la alta fecundidad y el ejercicio de la jefatura del hogar.

La participación laboral de las mujeres jefas de hogar con mayores necesidades económicas y menores credenciales educativas se produce, entonces, en el segmento más precarizado y desprotegido del mercado de trabajo. Es por eso que el aumento de la tasa de actividad femenina registrado en las últimas décadas a nivel agregado²¹ no significa un aumento de las posibilidades de puestos de trabajo y de empleo para las mujeres pobres; las cuales no logran acceder a un mercado abierto -en tanto consiguen la inmensa mayoría de los empleos por relaciones o allegados que participan en la misma estructura de marginación-, sino que se insertan cada vez más en un restringido margen de actividades laborales, escasamente calificadas, altamente precarizadas e inestables.

Retomando el análisis precedente, puede señalarse que las mujeres jóvenes jefas de hogar residentes en el área metropolitana de Buenos Aires tienen niveles educativos más elevados que las jefas de los otros dos grupos de edad: todas han logrado acceder a la escolarización básica, algunas incluso superarla. Sin embargo, se concentran en pocas ocupaciones, con un gran predominio del servicio doméstico o el empleo de maestranza. La mayor educación formal tiene, por tanto, una influencia limitada en este contexto social específico.

Las mujeres adultas jefas de hogares pobres, por su parte, alcanzaron en términos globales niveles educativos formales menores que los de sus pares jóvenes -si bien puede observarse una heterogeneidad de capacitaciones que las ubica como transicionales entre los otros dos grupos etarios-. El desempeño ocupacional mayoritario de estas mujeres en actividades de limpieza significa una prolongación en otros ámbitos de las tareas que habitualmente realizan en sus propias unidades domésticas, circunscribiendo el horizonte laboral al servicio doméstico y limitando el desarrollo de saberes especializados y habilidades de relación que les permitan mejorar su inserción ocupacional.

Por último, las mujeres mayores jefas de hogar cuentan con menores logros educativos formales; sin embargo, varias de ellas aprendieron diversos oficios, los que -en algunos casos- les ha permitido acceder a sus actuales puestos de trabajo. Las experiencias desarrolladas a lo largo de sus carreras ocupacionales no las han colocado tampoco a ellas en mejores posiciones que sus congéneres, con quienes comparten el impacto de la restricción del mercado de trabajo en los años noventa.

Paradójicamente, la influencia positiva de la expansión educativa operada a partir de los años sesenta en la Argentina ha quedado virtualmente obstaculizada entre las mujeres pobres jóvenes y adultas como consecuencia de la influencia negativa de la contracción del mercado de trabajo producida a partir de los años ochenta, reproduciendo intergeneracionalmente el círculo de hierro que las encierra.

²¹ Véase Wainerman 1995.

VII. Bibliografía

BECCARIA, Luis 1992. "Cambios en la estructura distributiva 1875-1990", en A. MINUJIN y otros 1992. *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, UNICEF-Losada, Buenos Aires, pp. 93-116.

BECCARIA, Luis y VINOCUR, Pablo 1991. *La pobreza del ajuste o el ajuste de la pobreza*, Documento de Trabajo No. 4, UNICEF Argentina, Buenos Aires, marzo.

BURGARDT, Ana Graciela 1996. "Los cambios en la estructura del hogar. El caso de la provincia de Mendoza", Ponencia presentada a las Jornadas *Mujer, pobreza y trabajo en la Argentina*, co-organizadas por el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y el Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, 31 de mayo y 1 de junio de 1996, mimeo.

DABENIGNO, Valeria y FREIDIN, Betina 1995. "Mujeres migrantes en Maciel: la pobreza urbana como lugar de destino", Ponencia presentada a las *Primeras Jornadas sobre Problemática Urbana*, organizadas por el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 18 y 19 de septiembre de 1995, mimeo (en prensa).

D'ONOFRIO, María Guillermina, OJEDA, Gimena y HERRERA, Patricia 1996. "Educación y trabajo en mujeres de sectores pobres urbanos. Un estudio de caso", Ponencia presentada a las Jornadas *Mujer, pobreza y trabajo en la Argentina*, mimeo.

FREIDIN, Betina 1996. "Trayectorias laborales, conceptos y valores sobre el trabajo de mujeres migrantes pobres", Ponencia presentada a las Jornadas *Mujer, pobreza y trabajo en la Argentina*, mimeo.

GALLART, María Antonia, MORENO, Martín, CERRUTTI, Marcela y SUAREZ, Ana Lourdes 1992. *Las trabajadoras de villas: Familia, educación y trabajo*, Cuadernos del CENEP, No. 46, CENEP, Buenos Aires.

GELDSTEIN, Rosa 1994. *Los roles de género en la crisis. Mujeres como principal sostén económico del hogar*, Cuadernos del CENEP, No. 50, CENEP, Buenos Aires.

GOLBERT, Laura y TENTI FANFANI, Emilio 1994. "Nuevas y viejas formas de pobreza en la Argentina: la experiencia de los 80", en *Sociedad*, No. 4, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, mayo, pp. 85-103.

INDEC 1990. *La pobreza urbana en la Argentina*, INDEC, Buenos Aires.

JELIN, Elizabeth y FEIJOO, María del Carmen 1989. *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires*, CEDES-Hvmanitas, Buenos Aires.

MASSERONI, Susana y GRISELLI, Lucía 1995. "Educación, familia y participación económica de mujeres de los estratos populares. Una perspectiva comparativa", Ponencia presentada al XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología *América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción*, Ciudad de México, 2 al 6 de octubre, mimeo.

SAUTU, Ruth 1995. "Pobreza estructural y exclusión social en Buenos Aires", Ponencia presentada al XIX Congreso Internacional de la Latin American Studies Association, Washington D. C., septiembre, mimeo.

SAUTU, Ruth, D'ONOFRIO, María Guillermina y OJEDA, Gimena 1996. "Pobreza estructural y exclusión social en el área metropolitana de Buenos Aires: Notas teórico-metodológicas", en M. C. DALMAGRO y C. MUSSE (Comps.) 1996. *Actas de las Primeras Jornadas Interdisciplinarias orientadas hacia las Humanidades y las Ciencias Sociales: La interdisciplina como una realidad en la investigación y la docencia de hoy*, Escuela Superior de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1996, pp. 401-407.

SAUTU, Ruth, VUJOSEVICH, Jorge y GRISELLI, Lucía 1996. "Familia y rendimiento escolar: comparación de tres poblaciones pobres", en A. M. EICHELBAUM de BABINI y R. SAUTU (Comps.) 1996. *Los pobres y la escuela*, La Colmena, Buenos Aires.

WAINERMAN, Catalina 1995. "De Nairobi a Pekín. Las mujeres y el trabajo en la Argentina", en *Sociedad*, No. 6, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, abril, Buenos Aires, pp. 149-158.

WAINERMAN, Catalina (Comp.) 1994. *Vivir en familia*, UNICEF-Losada, Buenos Aires.